

## **NATALIA**

### **Antonio Gómez Rufo**

Pude verla durante apenas unos instantes pero supe que ya no podría olvidarla en toda la eternidad. Cruzó por delante de mí, en el parque, sin mirarme siquiera: caminaba lentamente, altiva, vestida de blanco y sin hacer ningún movimiento que no fuera tan natural como el deslizamiento de las olas sobre el mar. En realidad no caminaba; más bien se desplazaba levitando sobre una tierra que, de rozarla, podría mancillar su pureza. Y llevaba el pelo recogido en un moño, mostrando impudicamente una nuca blanca, transparente y cristalina como si el marfil hubiese tomado de ella el modelo de su esencia.

La miré durante unos segundos hasta que desapareció por allí, al otro lado de la arboleda, y me quedé tan paralizado que no pude concretar si había pasado ante mí o tan sólo por delante de mi imaginación. Sea como fuere, de pronto, toda la fealdad del mundo se iluminó de repente: quizá fuese porque en ese momento también encendieron las farolas del parque; pero el caso es que yo lo vi todo más claro, más nítido, más bello, más sublime.

¿Existía aquella belleza, aquella perfección, aquella levedad, aquella sombra blanca? ¿Podía existir semejante ofensa a la naturaleza y a los demás seres humanos? ¿Es posible la perfección perfecta? Aun más: ¿es posible que la perfección sea tan perfecta que la perfección parezca imperfecta frente a aquella perfección? En estas reflexiones anduve durante segundos, minutos, horas quizás. Luego pasé la noche meditando, elaborando mis propias reflexiones, buscando en los terrenos de la perfectibilidad y de la objetividad sublimada la verdad, la divinidad y la nimiedad de la perfección imperfecta; repasé las teorías de D'Helvetius sobre el espíritu y repetí una tras otra las consideraciones tomistas de las cinco vías para demostrar la existencia de Dios, hasta que, por fin, me entró hambre y, como no podía ponerme a cocinar en aquellos momentos sublimes de mi existencia, abrí una lata de fabada Litoral y me la comí mojando pan en la grasa.

Volví todas las tardes al parque para verla. Me sentaba en el mismo banco, a las seis de la tarde, y aguardaba impaciente hasta que las farolas resucitaban y me avisaban parpadeando lastimosamente de que aquel día tampoco pasaría.

Los días se sucedieron con la mayor lentitud que imaginarse pueda. Uno, dos, tres... Las horas de la noche y de la mañana se entorpecían estúpidas, interponiéndose entre ellas, para caminar aún más despacio. Luego, a media tarde, la ansiedad se apoderaba de mí y me revolví todo el organismo. El corazón se me aceleraba, las tripas se me revolvían y, a fuerza de removerse, me obligaban a expulsar gases sonoros como redobles, con lo que se alejaban los ancianos de mi banco y huían los niños que revoloteaban por los alrededores. No cabe duda de que tal explosión de júbilo de mis intestinos tenía sus ventajas: en primer lugar, se me serenaba el vientre y recobraba la normalidad perdida; y en segundo lugar me quedaba solo en el banco del parque disfrutando por completo de mi ansiedad privada, íntima e inconfesable.

¿Quién ha dicho que el amor es bello? El amor es angustia, impaciencia, sufrimiento. Proporcionalmente, comparando el tiempo que se disfruta con el tiempo que se sufre, el amor es aún menos aconsejable que

el alcohol, el tabaco o el automóvil. Pero el caso es que a veces llega el amor y no hay, frente a su inescapable presencia, razonamiento lógico que valga.

Por entonces, como ya decía, pasaban los días con la frialdad matemática que marca el calendario: viernes, sábado, domingo... Hasta el séptimo día, jueves otra vez, en el que los pájaros cantaron más fuerte, los niños jugaron en silencio, los columpios dejaron de chirriar, las palomas volaron más despacio y el polvo apenas se elevó del suelo. Aquel jueves apareció ella y cruzó junto a mí, oh maravilla, sin mirarme, sin el más leve gesto, como si otra vez levitara sobre el bien, el mal y el regular. Lo primero que se me ocurrió pensar (y luego confirmé que mi preclara inteligencia no me había defraudado) es que por ahí pasaría todos los jueves. Después pensé que, en efecto, la deseaba sobre todas las cosas, que me había enamorado de ella sin remedio. Por último pensé que como no saliera corriendo se me volvería a escapar, pues tan alelado estaba que ya se había ocultado tras la arboleda mientras yo seguía ahí, inútilmente, valorando la frecuencia de sus visitas y mis descargas de adrenalina.

Corrí como un gamo, pero ya había desaparecido: se había disipado, esfumado en el aire como cualquiera de las cosas que se esfuman en el aire.

¿Qué reflexión podía hacer en aquel momento que tuviera algo que ver con lo que me había ocurrido? ¿Algo relacionado con *La cena de las cenizas*, de Giordano Bruno? ¿Acaso con *El viaje de los Argonautas*, de Apolonio de Rodas? ¿Tal vez con la filosofía de Sade o con *Los libertadores del amor*, de Alexandrian? Estuve tanto tiempo buscando un punto de referencia para una reflexión apropiada que terminé por fatigarme y decidí volver a casa, caminando despacio. Por el camino, lo que son las cosas, se me ocurrió una frase genial: "Un hombre nunca podrá entrar dos veces en el mismo río." A mí me parece una tontería, pero lo dijo Heráclito.

## 2

Dicen que soy un poco contradictorio. No sé. Me conozco bastante bien, según creo poder afirmar, y lo mismo que declaro mi inevitable tendencia a ser perfecto, puedo asegurar que poseo una personalidad, una lucidez y un sentido común envidiables, sin mencionar mi capacidad para la reflexión, el análisis y la resolución. Soy resolutivo, como mi tía Josefina. Ambos nos parecemos en una cosa: en el amor por lo ajeno, aunque ella lo quiso siempre para tener problemas y yo para dejar de tenerlos. Aunque esa es otra historia.

Pero ahora de quien quiero hablar es de Natalia. ¡Ah! Sólo con respirarlo, su nombre me anonada, me embriaga, me derrite. Por los meandros de mi cerebro su nombre se desliza como si practicara esquí acuático, y su inicial se inyecta hasta mi sangre, recorre mis venas vertiginosamente y juguetea por arterias y venillas hasta detenerse en mi corazón, probablemente en el ventrículo superior derecho, si no me confundo. Natalia. Siete letras distintas y un solo nombre verdadero.

¿Sabe, abuelo?: lo que mejor conozco de Natalia es un instante de su vida, precisamente el instante que quedó impreso en una fotografía que conservo sobre mi mesa de trabajo. Es lo mejor que conozco de la vida de Natalia y, sin embargo, podría describir sus diecinueve años, uno tras otro, día a día, como mi propia vida. O aún mejor, porque sus días puedo

inventármelos, como sus gestos y sus palabras, y muchos de los míos no conseguiría recordarlos por mucho que me lo propusiera.

Aunque en realidad no sé de qué serviría que me inventara la vida completa de una fotografía. De una fotografía, además, que representa a una muchacha que ni siquiera me consta que exista, o que haya existido alguna vez. ¿Existe lo que ya no es? ¿Ha existido lo que ha dejado de existir? ¿Si ha dejado de existir es porque alguna vez ha existido? Preguntas y más preguntas... Preguntas sin respuesta o, por lo menos, sin que ahora desee responderlas. Lo único que sé es que tampoco estoy seguro de que se llame Natalia, y a lo mejor ni siquiera tiene diecinueve años.

Lo cierto, lo rigurosamente cierto, es que tengo una fotografía de ella sobre mi mesa de trabajo. Una mesa, por lo demás, en la que no trabajo nunca, pero a la que desde siempre llamo así. Desde siempre no, claro: desde que la traje a mi casa (que no es mi casa, sólo vivo en ella alquilado) hace más o menos seis años. Antes la mesa perteneció a mi tía Josefina, la hermanastra de mi madre, que vivía en un piso enorme de la calle Goya y que se deshizo de ella (de la mesa) cuando reformó el piso y se decidió a renovar el vetusto mobiliario. Me dijo: "¿La quieres?", y yo, que aún tenía por amueblar algunas habitaciones, arramblé con ella, con seis sillas de tapicería variada, con un mueble que todavía no sé para lo que sirve y con un perchero que está junto a la puerta de la calle, por dentro.

Yo soy habitualmente de poco salir, abuelo, pero en estos días no salgo de casa nada más que para venir aquí. Estoy muy triste y mi situación me recuerda aquellos viejos tiempos de la Universidad, cuando me invitaron con cierta amabilidad, no exenta de firmeza, a que abandonara los claustros de la Facultad de Económicas después de algunos años de intentar que se me hiciera justicia y me aprobaran alguna asignatura. Siempre he creído que aquello fue una falta de respeto considerable, porque eso no se le puede hacer a un señor de treinta y ocho años, aún más si se tenían en cuenta los antecedentes de mi expediente académico, en el que figuraba, con toda claridad, la calificación brillante obtenida en mi examen de ingreso para mayores de veinticinco años, antes de agotar la primera decena de intentos. Fue una falta de tacto que el equipo docente de aquella Universidad no supo impedir, abuelo, probablemente debido a que el mundo se ha vuelto del revés, ¿verdad que sí?, perdiendo los modales, la cultura y la buena educación en la larga marcha hacia la barbarie en la que nos estamos introduciendo y de la que ya empiezan a percibirse los primeros síntomas. Si no fuera porque me sobra paciencia, una paciencia que se derrama desbordándose infinitamente, me molestaría en detener mi mente en alguna reflexión sublime que comparara la Universidad actual con algún concurso de cualquier cadena de televisión. Sobre todo ahora...

Porque ahora estoy triste. Más triste, pensándolo bien, que cuando aquel incidente con la Universidad. Entonces, al menos, me consolé pensando que las Ciencias Económicas no me interesaban lo más mínimo y que seis años de universitario era más de lo que figura en los brillantes currículum de los sabios reconocidos, que en cinco años desaparecen con su título debajo del sobaco. Yo he sido más universitario que nadie y por eso puedo ir con la cabeza muy alta.

Además, como complemento a mi educación, he viajado mucho. Conozco Ceuta, Algeciras y Benidorm. Y Palma de Mallorca, se me olvidaba. Tengo una cierta cultura que, si bien no me atrevería a calificar de extensa debido a mi reconocida modestia, sí puedo definir, sin rubor, de amplísima.

Es una pena que Natalia no haya sido capaz de apreciarla en toda su extensión.

Natalia. ¡Ay, Natalia! Estoy triste porque estoy enamorado. ¿Quién dijo que enamorarse no es triste? Porque yo estoy tan, pero tan enamorado...